

El Diario de Luis Oyarzún Viene Volando

ANTONIO AVARIA

La publicación de este *Diario** es un hito trascendente del año cultural chileno, tan pródigo en novedades y ambiciones democráticas, y tan lastrado de timidez intelectual.

Obra de un espíritu libre, apasionado, inteligente, nos enseña a hacer uso de los sentidos y no trepida en criticar con aspereza los aspectos negativos de nuestra realidad humana, social y cultural. Dieciocho años después de muerto, Luis Oyarzún reaparece con una lección de persuasiva sensibilidad poética y como tábano socrático que remueve las adormiladas conciencias.

Niño prodigio de la Generación del 38, mentor y hermano de los desorientados jóvenes del 50, Oyarzún (1920-1972) escaló sin esfuerzo las más altas posiciones universitarias y los prestigios de poeta, filósofo y maestro. De legendaria elocuencia, todo auditorio, aun el más díscolo, se le rendía. No elaboró grandes ficciones novelescas, pero la calidad de su prosa difícilmente encuentra su par entre los narradores chilenos. **Temas de la cultura chilena** (Universitaria 1967) contiene ensayos medulares, los más lúcidos y mejor escritos sobre la identidad nacional. La publicación póstuma **Defensa de la tierra** (1973) podría difundirse hoy como libro sagrado de la conciencia ecológica.

Incansablemente, Oyarzún observa, zahiere, piensa a Chile.

Nada más lejos del pensador o erudito a la violeta, en la Babia intemporal de las ideas abstractas, adocenadas, que eluden la relación con la actualidad. El 6 de enero de 1962, con motivo del "más triste mensaje de Año Nuevo que haya escuchado hasta hoy la vapuleada República de Chile", Oyarzún sugiere que el Presidente, pese a su buena fe y a causa de su soberbia, "como la mayoría de los hombres que se consideran realistas, olvidó **la part de Dieu**, olvidó la inspiración y la esperanza. Como si el país fuera una simple empresa privada, se limitó a hacer cálculos de rendimiento... Pero, si en vez de rodearse de la alta banca, de la mafia dorada y especulativa que él conocía demasiado bien, hubiera buscado el Presidente algún contacto con el pueblo mismo, a través de sus representantes legales, habría sido sin duda capaz de modificar su originaria obcecación..."

Oyarzún fustiga la incuria cultural de Chile y los chilenos, que viven de espaldas a la naturaleza y que, si se hicieron ricos, se fueron a gastar la plata a Europa. Su pintura es cruel: "Sólo una real vida comunitaria dará nueva energía a estos pueblos pusilánimes, los más feos del orbe, sin flores, ennegrecidos por el uso y el desuso, calcinados por el sol, desbrochados por las lluvias, pueblos sin pena ni gloria, mal ajustados a todas las estaciones del año, ba-

rriales en invierno, Saharas en verano, más hospitalarios con las ratas que con los hombres, buenos para enriquecerse y partir, para quedarse a medio morir saltando, para reventar e irse. El habitante de estos poblados es indigno de su paisaje natural, es un fantasma ciego". La ruca es menos sórdida que el rancho, pero "Ruca y rancho están llenos de humo y de niños inmundos con conjuntivitis" (Verano, 1961). Su pluma es inmisericorde, encendida por la pasión de Chile, que jamás abandonó en su vida. Sólo un verdadero patriota podría arriesgarse a tan severo ejercicio de autoanálisis nacional, en las antípodas del espíritu del autobombo provinciano y rimbombante. Son páginas que duelen; filosas, necesarias, sorprendentes: componen un tercio, aproximadamente, del volumen.

En otras secciones del *Diario*, Oyarzún demuestra sus excepcionales dotes de crítico literario; su percepción es siempre penetrante y original, trátase de Manuel Rojas o Enrique Lihn, E. Lafourcade o Nicanor Parra, Teillier, Mistral o Neruda. La breve selección de textos al respecto nos deja con hambre de más lectura. Al fin y al cabo, de las mil páginas del *Diario*, el profesor Leonidas Morales seleccionó con gran celo unas doscientas cincuenta. Confiamos en que, como el *Cántico*, de Jorge Guillén, cada nueva edición de este *Diario* contenga más páginas, y que la sociedad chilena alcance tanta madurez como para absorber esa dinamita.

Los textos más bellos y memorables nos muestran al narrador en relación con la naturaleza. ¡Qué prolijidad y precisión, con qué amenidad y con qué emoción describe Oyarzún la vida natural! No tiene parangón entre los prosistas nacionales. Pareciera que el autor viviera, como pedía Huidobro, para "uno que otro momento de exaltación", para un instante puro, absoluto, de comunión o éxtasis. ■

* Luis Oyarzún: *Diario*. Edición y prólogo de Leonidas Morales. LAR, Literatura Americana Reunida. Concepción, Chile, 1990. 291 pp.